



Manipulación digital de foto recuperada de andes-trek.com

Madurar en frío Cold maturing

Yady Campo Ramírez¹

Universidad de Los Andes, Venezuela

yadycamp@gmail.com / @soryady1

Cruzamos Rumichaca el jueves por la tarde. No hacía casi nada de frío así que fuimos directo al Meridiano.

—Aquí, aquí,— dijo Nohah con un entusiasmo que me pareció infantil. Vamos a aprovechar este ángulo- sacando del bolso una Nikon de última generación.

—Chamo, la cámara del Nelson es a re chí si ma.

—A mí esa vaina no me gusta: además de que es choreada tiene más botones que un submarino.

—¡Vaya, un momento kodak, ahí!

Y posamos como los rehuevones que siempre hemos sido.

Los arneses, las botas de escalada, cuerdas, tiza, mosquetón de seguridad y hasta

¹Licenciada en Educación Básica Integral (ULA), Magíster en Literatura Latinoamericana y del Caribe (ULA). Escritora, actualmente reside en Chile. Código Orcid: <https://orcid.org/my-orcid?orcid=0000-0001-8616-0109>

el piolet de Nohah estaban nuevecitos. Mis cosas parecían provenir de otro siglo; nada más las cuerdas parecían los amarres resecos de un barco fantasma a punto de volver a la bruma espesa de donde salió.

-En la montaña lo único que importa es coronar con vida- pontificó Ramsés, un tipo que se hacía llamar “el Sherpa” y al que le guardaban una absurda veneración que jamás entendí. <<Coronar con vida>>. Jodido es hacerlo muerto.

El tal Ramsés continuó guiándonos soltando su cháchara pavosa y aleccionadora. Dijo perlas como <<Nadie puede actuar de manera individual. La clave es el compañerismo y la comunicación. Las acciones individuales pueden acarrear graves consecuencias>>. ¿Pueden creer esa vaina? El tipo parecía que se acababa de leer un manual de Scout. Nunca tuve más ganas de tener un bate y hacer swing grande a la cabeza de alguien.

A las siete llegamos al refugio José Félix Ribas. Estábamos cagados de frío y hartos de nuestro evangelista de las alturas.

—Qué frío tan verraco, hermano— dijo Johán, con un fraudulento acento caliche.

—No sea flojo, hombeee— le repliqué, pero nadie se rió.

—¡Panas, ya estamos a 4800 metros!— gritó Nohah con un tonito pedagógico, seguramente contagiado por los axiomas de “el Sherpa”.

—Mañana, el que no se ponga pilas, Ramsés lo deja botao— cerró con broche de oro mi amigo y creí advertirle una sonrisilla bobaliconamente orgullosa.

A la vez, reflexioné que si hubiésemos caminado una hora más, el parcha del Nohah y nuestro Coelho andino seguramente compartirían sleeping esa noche.

El refugio olía a naftalina y a baño de carretera. Unos panas enchaquetados con el logo de GEXUNET tenían de mascota a una rubia flaca que no se veía nada mal. En algún momento le escuché un acento extranjero que no tuve ganas de identificar.

Puede que haya sido una estudiante alemana de intercambio o una gringuita en su viaje iniciático por el Sur. Nohah se acomodó los pelos de las cejas y se fue a ver qué tal. Parece que la heterosexualidad le volvió de golpe. Pero La flaca apenas machucaba unas palabritas en español y no fue mucho lo que pudo hacer Nohah con la turista extrema.

—<<Guevón, no se le olvide meter atunes, pepitonas, café instantáneo, arequipe>> me había dicho Johán días antes del viaje. <<El Diablito con galletas de soda le va a parecer un manjar allá arriba>>, recuerdo que me había dicho la vieja y por alguna razón me recordó al bobotín del Ramsés. Lo único que metí en el bolso fueron dos



Manipulación digital
Imagen recuperada de:
mountainschool.com

botellas de Cacique.

Antes de acostarnos, no sé por qué percibí un ligero olor a aguardiente. Seguro los enchaquetados utilizaban el miche local para ablandar al “Frente Alemán”. Nos dormimos como a las once y media, poco después de que alguien apagara las luces del refugio.

El grupo de la alemanita no estaba cuando emprendimos la escalada. Ramsés iba en la vanguardia y por supuesto monologando sus estupideces autoayudas. Me concentré en el camino para no escucharlo. Las rocas tenían una forma picuda. Un resbalón y no te quedaba ni el apellido.

Ya vertical a la pared, mi perspectiva del Cotopaxi era mucho más inalcanzable. La nieve vino apareciendo como a las cuatro horas y, con ella, el desastre. El grupo se había adelantado bastante y ya casi no podía verlos. Se me había empezado a nublar la visión como si tuviera principios de cataratas. No era una ceguera lechosa, sino helada. Sentía minúsculas, pero dolorosísimas puñaladas en el iris. Tanteé el terreno en busca de estabilidad. El arnés sostenía sólo mi peso. No estaba sujeto a nadie y nadie estaba sujeto a mí. Me había quedado solo y ciego a más de 5000 metros de altura sobre el nivel del mar. Una cagada.

Supongo que pasaron siglos antes de que escuchara al “Sherpa” gritar mi nombre. No se la iba a poner fácil al idiota. Me había torturado todo el viaje con sus sabías enseñanzas y era hora de ponerlo a sudar. Guardé silencio y me guarecí en un saliente. Metí la mano en el bolso y saqué una de las botellas de ron. Al tercer trago largo recuperé la visión. Un milagro, sin duda.

El Sherpa seguía gritando cuando me acordé del diablito con galleta de soda de la vieja. <<Tengo que madurar>>, pensé, mientras el ron me aclaraba aún más la visión.



Foto recuperada de www.naturascape.es